

APRENDER

A MIS  
COMPAÑEROS, ALUMNOS DE LA VIDA

Aprender es un difícil camino que nos hace sentir vivos, porque requiere una atención especial: es necesaria la observación sutil del cambio constante.

Estas cuatro líneas nacen a raíz de lo mucho que he aprendido en estos años de enseñanza. Puedo decir que sé menos que antes de las estructuras fijas de mis propias ideas y conceptos y más de los espacios silenciosos en que la claridad se hace sin más, como reflejo sin miedos que descubre la esencia que permanece oculta a la mirada rápida, al bullicio y ruido de los pensamientos con los que acostumbramos a no comunicar.

Cada persona con la que comparto esta rueda energética que se llama vida es un oasis, momento exquisito para despertar la inmensa capacidad que reside en la construcción de vías de comunicación más allá de la norma, la cultura y las maneras que suelen ocultar la paradoja y la fuerza que poseemos.

También tengo en mi cajón de recuerdos un mueble poco útil, momentos difíciles, palabras incoherentes y saliva mal tragada. El mundo no es el de los reyes magos; quizás esta es una de las primeras lecciones del aprendizaje. Aquellas luces maravillosas con las que iluminaban el camino, y que en mi niñez me poseían fuera de este mundo, son transformación y conciencia, candelabro de luz alimentado por la reflexión y curiosidad despierta y vital.

No es fácil creer en una misma, así que en los demás es un intrépido ejercicio para el corazón más allá de la uña afilada de la mirada egocéntrica; se aprende a nadar en un mar en el que las corrientes nos conducen a muchos, y nos depositan en orillas cercanas, en las que el contacto tiene un dulce olor a viento, mar, tierra y fuego; de esta manera la soledad tiene el sabor a libertad conquistada, sin dramas.

Cada cuerpo es irrepetible, la sonrisa y la tristeza tienen nombre propio. Un movimiento es distinto según el registro de cada persona, el tiempo teje su huella en la piel con distinta arruga. Qué maravilla, qué riqueza!

Estoy agradecida a la palabra sincera, aquellas que se dicen cuando nada se espera, que dan valor a la carrera de fondo. He aprendido a decir gracias, a pedir perdón, cuando del fondo surge la necesidad de saltar límites; a guardar difíciles silencios, en los que sólo el corazón palpita con tanta fuerza confirmando que estoy viva.

Gracias por esos instantes de conciencia corporal y emocional que, con el rumor de los árboles, son eternidad.

Aprender supone unos ciertos riesgos necesarios para renovar y potenciar la capacidad del cerebro, la emoción creativa y en definitiva la adaptación para vivir.

Cuando me pregunto a que enseño, digo que a caminar. No se enseña de una

sola manera, es necesaria la imaginación para construir muchos pequeños movimientos que hacen un paso, un cambio, y otro paso hasta tener la fuerza para llegar a las metas que la curiosidad coloca delante como inmensas llanuras de lejanos horizontes.

Aprendo a enseñar el despertar de la creatividad, a volar y colocar los pies para tocar tierra y como una madre en algún lugar muy profundo de esta entraña común me siento cercana y vigilante, temerosa y alegre, sabiendo que nada me pertenece, excepto compartir y cooperar: difíciles retos de valor incalculable que nos construyen y nos hacen más auténticos con nosotros mismos y los demás.

GRACIAS

MONTSE BARQUIN caracola